



LA LITERATURA UTÓPICA COMO RESPUESTA A LA REALIDAD POLÍTICA. UNA LECTURA DE LA OBRA DE TOMÁS MORO

María José García Rodríguez

Universidad de Murcia

mariajose.garcia24@um.es

RESUMEN

La influencia que la política ha ejercido sobre la creación literaria, y viceversa, se ha evidenciado a lo largo de la historia de formas muy variadas. En este artículo hemos querido destacar una de las líneas literarias que con mayor claridad evidencia la estrecha relación que se puede llegar a construir entre el discurso político y el discurso literario. Hablamos del género de las utopías. Desde la Antigüedad hasta nuestros días, esta forma de literatura ha servido a sus autores como vehículo de reflexión sobre valores políticos, morales, sociales y éticos. Por ello, presentamos a continuación un breve recorrido por la historia del género, sus características y la lectura de uno de sus textos más emblemáticos (*Utopía*, de Tomás Moro), de tal forma que quede constancia de la inseparable correlación literatura-política.

PALABRAS CLAVE: utopía, política, literatura, Moro.

ABSTRACT

The influence that politics have been exerting on literary creation, and vice versa, can be seen thorough the history in varied forms. In this work, we underline the literary movement that more clearly demonstrates the close relationship that can be built between the politics discourse and the literary discourse. That is the genre of utopia. From Antiquity to

nowadays, authors have used this form of literature as a vehicle for reflection on politics, moral, social and ethics values. Therefore, our study gives below a short summary about the history of the genre, its characteristics and a reading of one of the most emblematic texts (*Utopía*, by Tomas Moro), in a way that the interrelationship literature-politics will be clearly defined.

KEYWORDS: utopia, politics, literature, Moro.

1. Evolución de la literatura utópica como reflejo de la realidad sociopolítica.

Para el estudio de los orígenes de la literatura utópica debemos remontarnos al legado que ya Grecia nos dejó en el siglo V antes de Cristo. La tradición clásica griega proporcionará a los escritores posteriores una serie de ideas de acuerdo con este género literario. Antístenes, según nos cuenta Diógenes, creó una República a la que siguieron otros muchos literatos (como el propio Diógenes) y que marcará una serie de rasgos que, como veremos, aparecerán en la literatura utópica: austera, ascética, sin propiedad privada, estatal, lejos de la ciudad, igualdad de clases y sexos, sin distinción de naciones y con una unión libre.

Sin embargo, serán Faleas de Calcedonia e Hipódamo de Mileto los precursores de la que será la obra más reconocida universalmente, la platónica. El primero de ellos, desarrolló una utopía basada en la igualdad absoluta de bienes, un sistema de educación pública y un Estado, al que se deben todos los individuos, que controla el desarrollo de la ciudad evitando así el paro o la sobreproducción. De otro lado, Hipódamo de Mileto introduce el trazo geométrico de la ciudad y divide la sociedad en tres clases: sacerdotes, oficiales y labradores. Los dos primeros grupos no tendrán posesión alguna mientras que los labradores serán los encargados de proporcionarles la subsistencia. Se trata, por su marcado interés por la clase de los oficiales, de la configuración de un Estado guerrero.

También será en la literatura clásica de Grecia donde apareció una primera aplicación, claro está literaria, de las ciudades utópicas creadas. Aristófanes, en su *Asamblea de las mujeres*, hará una sátira teatral de las consecuencias de un sistema basado en las propuestas de estas obras utópicas. Sin embargo, será Platón al que se le ha atribuido ser el verdadero creador del género utópico; aunque no lo fue por su

República ni por *Las leyes*, pues fueron estos verdaderos proyectos de legislación. Sí encontramos utopía en el *Timeo* y el *Critias*, donde aparecen verdaderos deseos de invención y mecanismos transformadores del mundo. Obras, sin duda, que comparten los rasgos propios del género utópico, que más adelante estudiaremos, como el insularismo, la construcción geométrica, etc. Pese a ello, la *República* y *Las leyes* se han tenido verdaderamente en cuenta en el desarrollo histórico del género utópico pues, pese a la falta de trama literaria, lo cierto es que los temas que han interesado a los autores de utopías ya estaban presentes en estas obras.

Entre esta etapa de la Antigüedad y el proliferante Humanismo, el género utópico sufrió un paréntesis en el que apenas se escribieron obras de esta índole. Hubo entonces una transformación de las mentalidades en el que el judaísmo, seguido del cristianismo y del posterior medievalismo, determinó el carácter del pensamiento del individuo. Uno de los grandes cambios fue la noción del tiempo que pasó de ser considerado cíclico, como así lo hacía la civilización grecorromana, a lineal y continuo. A ello se le unió la creencia de un paraíso supraterrrenal al que accede el alma, lo que conllevó un espíritu individual frente al colectivo. Ambos fueron elementos que determinaron, junto con el dogma cristiano, el papel del hombre como aquel que debe buscar la dignidad de la gracia divina y la purificación para el futuro advenimiento.

Teniendo en cuenta este cambio en el comportamiento sociológico del hombre, la literatura no daba cabida a la creación de la utopía tal y como se originó en la Antigüedad; los textos en los que la imaginación lleva a países lejanos son ahora vistos desde un punto de vista fantástico y fabuloso: lejos de ser considerados desde una perspectiva sociopolítica, son tratados como relatos extraordinarios cuya meta última es reflejar el ideal del cristiano perfecto. En definitiva, el espíritu teológico medieval se opone radicalmente al espíritu utópico, pues la voluntad del hombre está ahora subordinada a la voluntad de Dios. Trousson (1979) señala que «La utopía verdadera es resueltamente terrenal, no puede aparecer sino allí donde la divinidad se abstiene de intervenir en el orden humano» (p. 73). Dicho esto, se ha de reconocer que la Edad Media supondrá una nueva aportación al género utópico que se perpetuará hasta la actualidad: la concepción histórica del tiempo que lleva a situar la utopía, no en el pasado al que retornaremos, sino al futuro.

La convicción de que el hombre está predestinado fue perdiendo fuerza, dando paso, junto con otros elementos, a la llamada época Moderna de Occidente. Puesto que es en esta época en la que aparecerá la obra que nos es objeto de estudio, *Utopía* de Tomás Moro, dejaremos a un lado por ahora aquellos conceptos que desarrollaremos más detalladamente. Sí hemos querido dar cuenta de la influencia que el urbanismo tuvo en las obras utópicas de esta centuria, y es que como afirma Trousson (1979):

(...) no se pueden tocar las murallas sin afectar a los hombres; la ciudad es el espejo y la medida del hombre. Los urbanistas se interesaron por la organización social, situaron al ser humano en el centro de sus construcciones y soñaban con adaptarlo a ellas: ¡a una ciudad racional y sana debía corresponder un hombre nuevo! (p. 75).

Frente al caos de la ciudad medieval que crecía sin ningún tipo de planificación, la importancia de la configuración del urbanismo de la ciudad cobra en este momento una relevancia ineludible, como demuestra el *Trattato* de Filarete (Antonio Avelino) y su ciudad «Sforzinda»; en ella, afirma Trosson (1979):

El urbanista se vuelve demiurgo y cambia al hombre al mismo tiempo que la ciudad, lo enraíza en su destino terrenal, le abre una vía en la que la trascendencia se ha vuelto histórica. Los tiempos estaban maduros para la primera utopía moderna (p. 76).

Después de este periodo en el que se configuró el género utópico de la modernidad, y tras la ausencia de publicaciones de obras utópicas en el periodo absolutista del Renacimientoⁱ, algunos autores del XVII se arriesgan a ampliar el ámbito de la utopía llegando a crear, ya no mundos lejanos, sino interplanetarios. *El hombre en la Luna* es una de estas obras que revelan el intento de renovación del género utópico apoyado en la introducción de una dimensión novelesca que, sin embargo, no tuvo éxito. Este tipo de autores desarrollan un marco de ficción en detrimento de la construcción de la utopía, que se convierte en un vago sueño de perfección. Así pues, durante el siglo XVII van a aparecer dos vías en el desarrollo del género utópico: una que aspira al rejuvenecimiento del género a través de la imaginación y excentricidad y, paradójicamente, otra en la que se apuesta por la austeridad y la monotonía purista.

Tendremos que esperar al Siglo de las Luces para llegar a la edad por excelencia de la utopía. Quizás fuera el entusiasmo por la creación de tratados y especulaciones abstractas de la moral, la justicia, la economía y el gobierno; o fuera la propia afición del

público a este tipo de literatura que le proporcionaba un modo de extrañamiento y aspiraciones nostálgicas; lo cierto y verdad es que el siglo XVIII supuso la fuente de la que emanaron mayor número de obras utópicas en la historia de la literatura. El género utópico significó la búsqueda de la felicidad y la relación que esta tenía con la moral y la sociedad. Ante un ambiente en el que la insatisfacción y el descontento se habían generalizado, consecuencia de la monarquía absoluta, el género utópico es una de las formas literarias de las que más se sirvieron los autores para expresar el malestar.

Hubo así una multiplicidad de obras utópicas; en muchos casos el género utópico se utilizó como instrumento para la invención de un sistema político y económico, de tal forma que aparecieron numerosas variantes de utopías: igualitarias y comunitarias, estatistas y constrictivas, anarquizantes, las de buenos salvajes, entre otras. Sin embargo, en ningún caso se asocian con un programa de acción política determinado y rara vez aparece un sistema económico preciso. Así lo cree Trousson (1979):

En cierta medida, difícil de determinar desde luego, la utopía novelada pudo contribuir a despertar una conciencia sociológica, hacer reflexionar sobre los valores y los principios. Utilizando un término de Brecht, podríamos decir que permitió cierta “distanciación” (p. 174).

De cualquier manera, las utopías del Siglo de las Luces supusieron un gran principio de progreso, tanto en cuanto abrieron la ventana a realidades posibles alejadas de la existente.

Durante el siglo XIX, se distinguen de forma clara dos grandes periodos a propósito del género utópico; en la primera mitad de siglo, ningún autor desarrolló una obra utópica determinante. La conmoción tras las revoluciones, así como la industrialización, dieron pie a un capitalismo en el que las prioridades de ser humano cambiaron. No obstante, la segunda mitad del XIX supuso la aparición de numerosas y variadas utopías, reflejo de los cambios sociológicos del momento. Aunque el nacimiento y el desarrollo de los movimientos obreros influyeron hondamente en las utopías socialistas, que pasaban ahora a incluir reivindicaciones, este tipo de utopía ya no era la única posibilidad; se crearon utopías anarquistas, antisocialistas, de evasión o, incluso, la antiutopía. Por citar algunos ejemplos, *Paris moderne* (la propiedad privada es sagrada), *Le Monde Dans deuz mille ans* (un capital basado en el librecambio y el sufragio

universal), *L'Utopie (sic) contemporaine* (defensa de la empresa privada y la iniciativa personal) o *Neustria* (utopía individualista).

Finalmente, llegado el siglo XX, el pesimismo invade la literatura utópica. Numerosos factores determinaron esta dimensión desesperanzadora en el género: fue una época de crisis y desconcierto; las en principio positivas ciencia y tecnología pasaron a avasallar al hombre convirtiéndolo en un individuo semi-esclavo; las guerras mundiales trajeron la destrucción del mito de la perfección de las ideologías; la felicidad colectiva no se podía llevar a cabo sino a costa del individuo. Todo ello llevó al ser humano a una angustia existencial por su propio porvenir. En consecuencia, las utopías del último siglo pasaron de ser una reflexión sociopolítica a una biológica y cósmicaⁱⁱ.

2. Características esenciales de un género: elementos esenciales de la organización política de una utopía.

Habiendo introducido solo algunas variantes de las que, a lo largo de la historia de la literatura, han aparecido del género utópico, podemos dar cuenta de la complejidad que se plantea a la hora de establecer unos rasgos comunes que definan a estas obras. Más aún, la propia distorsión que el término “utopía” ha sufrido desde sus orígenes complica más si cabe esta situación. El concepto utopía se ha extendido a ámbitos muy diferentes; desde la ciencia a la literatura, pasando por la política y la sociología. Y, evidentemente, cada uno de estos campos concibe y define la utopía de forma muy distinta, contaminando su sentido. Lo utópico, en un principio, se definió, en palabras de Trousson (1979) como «sinónimo de quimérico, irrealizable, al ser el utopista el que pasa por alto la realidad humana y la dinámica social» (p. 36). Lo cierto es que, en el ámbito literario, fue la obra de Tomás Moro la que engendró la voz *utopía* como un viaje imaginario hasta que, en el siglo XVIII, se convirtió en un nombre común, que además de remitir a esta concepción geográfica, se concibió en sentido figurado, como bien se expone en el *Dictionnaire de Trévoux*.

Más adelante, el concepto *utopía* se desplazó al ámbito institucional, y es entonces donde percibimos una connotación más cercana al ámbito político: «(...) un plan de gobierno en el que todo está regulado con vistas a la felicidad común» (Diccionario de la Academia Francesa). En otras palabras, la utopía venía a ser la aspiración de transformar un gobierno real en ideal. En el siglo XIX, el término se habrá extendido de tal forma que

empezarán a aparecer en los diccionarios algunos derivados como “utópico” o “utopista”, que incluían además una connotación peyorativa. A todo este entramado lingüístico, se le une una distorsión del término consecuencia de la variedad y de la intervención de ideologías políticas; encontramos utopías morales, satíricas, exploradoras de posibilidades, etc. Así, a partir de Karl Mannheim, la voz *utopía* se opuso a la de *ideología*, siendo aquella la que va en contra del poder (signo de revolución y progreso) y esta la que hace referencia a las ideas políticas del gobierno.

Todo lo que venimos describiendo hasta el momento no es sino una concepción mental que nada tiene que ver con las características propias del género literario. Sin embargo, estas reflexiones se reflejarán en el carácter mismo de los autores utopistas y, en consecuencia, determinarán en parte la obra literaria. Existe una sensación de fracaso en la adaptación al mundo tal como es, sintiéndose el utopista incómodo ante la sociedad de su tiempo; pero el autor no opta por una respuesta activa (no cree en la eficacia de la acción personal), sino por eludir, borrar la realidad y construir mentalmente un mundo conforme a sus deseos. Trousson (1979) afirma:

En el utopista se combinan la mentalidad especulativa, “teórica”, y la mentalidad de poder. *Sueña*, literalmente, con el poder que le permitiría transformar su teoría en realidad (p.40).

Por lo tanto, aunque borre en cierto modo la realidad, lo cierto es que la utopía sigue siendo histórica, en la medida en que está determinada por el contexto. Este pensamiento propio del escritor de utopías se convertirá en género utópico en el momento en que la reflexión sobre las posibilidades laterales acabe en la representación de un mundo específico y organizado. En este punto, la construcción de un microcosmos cuenta con una serie de características que definirán el género como tal. Así, todas ellas aparecen sustentadas sobre el insularismo, la regularidad, un Legislador, el colectivismo, el ascetismo, la pedagogía y la atemporalidad. De alguna u otra forma, los textos utópicos introducen en su universo literario los rasgos mencionados, desarrollándolos desde perspectivas propias e incluyendo otros matices diferenciadores. Y es que, como veremos a continuación, la introducción reiterada de todas y cada una de estas características, lejos de ser arbitraria, tiene una razón de ser para la imposición del sistema de vida utópico que se aspira crear.

En primer lugar, para situar geográficamente la sociedad utópica, los autores recurren al concepto de insularismo. Aunque no siempre se sitúen en islas propiamente dichas, el lugar de la utopía estará igualmente aislado: Ciudad del Sol, reino de Butrel, Merzonania de Berington, utopía de Butler, entre otras. Este insularismo, lejos de ser un mero ornamento estético-literario, o una alusión al descubrimiento del Nuevo Mundo, o simplemente un gusto por el exotismo, puede considerarse más acertadamente como una necesidad natural en la obra utópica. En el momento en el que el autor se propone confeccionar un mundo ajeno a la sociedad de la época, la utopía deberá insertarse en un lugar aislado donde no haya existido ningún tipo de influencia del exterior; la utopía no puede haber sido contaminada con los valores socioeconómicos, morales o políticos que imperan en el resto del mundo. Es entonces cuando este insularismo juega un papel fundamental para el posible desarrollo verosímil de un idealismo radicalmente opuesto al contexto contemporáneo al autor; una actitud más mental que geográfica para conseguir una autonomía casi absoluta que dará pie a un microcosmos con leyes específicas.

Otra de los rasgos más significativos será el desprecio al oro y al dinero. El utopista huye del sistema monetario que conlleva las desigualdades e injusticias sociales que alterarían la simetría de la sociedad ideal; un ascetismo que repudia el lujo salvo en las ceremonias públicas. La utopía se convierte así en una verdadera autarquía en la que domina una economía cerrada donde el dinero desaparece en pos de la explotación directa de los recursos. El comercio, elemento inmoral y antisocial, tampoco tiene cabida en la ciudad ideal donde domina un sistema exclusivamente agrícola. Véase la obra de Campanella, Fénelon, Berington, o el propio Tomás Moro, en las que esta característica es una constante.

La regularidad será otra de las grandes preocupaciones del utopista; el funcionamiento interno de la ciudad debe ser impecable, tal y como afirma Trousson «como un mecanismo de relojería». Para ello, se sirven de una disposición geométrica, un urbanismo idéntico, que proporcionará el control perfecto y total; se oponen al caos de las ciudades que se desarrollan de forma natural por el paso del tiempoⁱⁱⁱ. La utopía no puede estar sujeta a la historia y a los acontecimientos, lo que nos lleva a otro punto fundamental del género: la atemporalidad. Los textos utópicos no muestran una ciudad consecuencia de la evolución histórica (excepcionalmente se le otorga un pasado mítico muestra del convencionalismo literario) sino que la utopía es; un presente definitivo que desconoce

tanto el pasado como el porvenir, ya que al ser perfecta, se destruye toda posibilidad de progreso ulterior. Estamos ante una concepción inmovilista, por lo que, necesariamente, el visitante llega a ella cuando está enteramente acabada y en funcionamiento.

Todo ello es posible gracias a una legislación única; Utopo, Hoh, Salomón, Olphaus Megaletor, Sévarias, Alsmanzein, Unipour, Icar... todos ellos son los únicos legisladores de diferentes utopías. Una misma figura que se perpetúa a lo largo del género utópico; un Legislador al que el pueblo debe veneración y agradecimiento, ya que es el único garante de equilibrio y orden. Ahora bien, también existen otros elementos que hacen posible este mundo ideal; una serie de instituciones y leyes estrictas e inequívocas que determina las obligaciones de cada uno de los habitantes del pueblo. Y es que, la uniformidad social viene a ser la esencia de todas las utopías; todos y cada uno de los habitantes de la ciudad son asimilados e identificados con el Estado. No son posibles las divergencias o las excepciones, pues hay una unanimidad completa de las voluntades, convicciones y metas de la población. De esta forma, es imposible la aparición de conflictos y reivindicaciones, pues no han lugar las minorías o los partidos.

Las clases sociales tradicionales desaparecen; en el caso de que existan, lejos de la espontaneidad anárquica, serán creadas por el Estado de forma uniforme y accesible, con condiciones precisas. La extrema vigilancia y dirigismo de la utopía, convierte su sociedad, citando a Trousson (1979) en «autómatas que evolucionan en colmenas geométricas» (p. 47). La libertad utópica es en realidad la esclavitud del hombre, quien debe sus pensamientos y actos al Estado, ya que nada puede ser abandonado al azar ni a la iniciativa personal. Tanto es así que la familia desaparece en la utopía, pues puede ser la fuente de intereses personales y no de la búsqueda del colectivismo utópico. El matrimonio estará estrictamente reglado, no existirá la propiedad privada sino el reparto justo entre todos los ciudadanos, la felicidad se logrará con la condición de serlo con los demás, los habitantes vivirán agrupados y ocupados en actividad incesante... En otras palabras, el colectivismo es el elemento que mantiene unida la utopía. Y todo ello se consigue gracias a la educación que, generalmente confiada al Estado, será la encargada de unificar las conciencias adecuándolas a la función que el individuo tendrá en la ciudad.

Ante todos estos elementos, no debemos olvidar que estamos estudiando un género literario y que, como tal, no debe entenderse bajo una utilidad práctica. Aunque lo

cierto es que sí encontramos una función: la catarsis. Estamos ante un compendio de obras compensatorias que purifican al lector que huye de su sistema de vida contemporáneo. Desde este punto de vista, el género utópico se aproxima a otros motivos como la Tierra de Jauja, la Edad de Oro, la Arcadia, el País de las Maravillas, el viaje imaginario o la robinsonada. No obstante, aunque todos ellos encuentran sus elementos comunes, también carecen de otros esenciales de la utopía. El género que aquí nos ocupa se define como el relato en el que, al final de un viaje, se describe una comunidad, con una organización política, económica y moral que restituye la complejidad de la vida social; encontramos utopías constructivas (ideal que realizar) o antiutopías (previsión de un infierno), situadas en un espacio y tiempo real o imaginario.

3. La Figura de Tomás Moro.

Tomás Moro fue uno de los grandes humanistas de su época; hijo de una familia ennoblecida, fue un hombre modesto, ejemplar y católico sincero. Nació en Londres en la arista de dos edades: la Edad Media llegaba a su ocaso mientras que el Renacimiento comenzaba a brillar. En su primera infancia, Tomás Moro estudió latín, retórica y lógica, completando el *trivium* de los estudios medievales con éxito; tanto es así, que este autor dominaba el latín tanto oral como escrito, en prosa o en verso, y su retórica lo llevó a conseguir éxitos en los Foros y el Parlamento. Después de esta primera etapa académica, fue pupilo del Cardenal y Arzobispo de Canterbury; con él, además de continuar con sus estudios, se nutrió de una formación del carácter, los usos y las maneras sociales de la época. Una instrucción moral y religiosa que agradecerá a lo largo de su vida.

Con su vuelta a Londres, prosiguió su formación en los trabajos clásicos, además de su interés por las leyes heredado de su padre. Sin embargo, siempre añoró su vocación sacerdotal, por lo que nunca abandonó la práctica de la oración, meditación y mortificación. Entabló amistad con muy ilustres personajes del Humanismo de la época, como Colet, Grocyn, Linacre... incluso Erasmo dijo de él que «fue el hombre cuya alma fue más pura que la nieve, y cuyo genio fue tal que Inglaterra nunca ha tenido, ni nunca tendrá su igual». Ocupó grandes cargos en la vida social y política del momento; fue miembro del parlamento, «under-sheriff» (un cargo con poderes administrativos y judiciales) y canciller. Tomás Moro contribuyó al respeto de la ley y a la confianza pública en el ejercicio del derecho aún en un gobierno bajo la Monarquía Absoluta.

Sin embargo, su fidelidad a la unidad del cristianismo lo hizo enfrentarse a Enrique VIII, quien nunca perdonó su insubordinación y, tras numerosas acusaciones, lo condenó a muerte. La oración final de Tomás Moro demuestra la fe incondicional que este cristiano tuvo hasta los últimos momentos de su vida:

Dios Todopoderoso, apiádate de mí y de todos los que me odian y quisieran causarme mal; sus faltas, junto con las mías, por los fáciles medios, llenos de ternura y de misericordia que tu infinita sabiduría encuentre aptos procura corregir y enderezar, y haz que nuestras almas se reúnan felices en el cielo, donde podamos vivir y amar, unidos a Ti y a tus bienaventurados santos. ¡Oh gloriosa Trinidad!, ¡por la dolorosa Pasión de Cristo dulce Salvador Nuestro! Amén.

Como hemos podido observar, Tomás Moro estuvo en el centro de las realidades de su época y estas determinaron sin duda la construcción de su *Utopía*.

En el momento histórico en el que vivió Tomás Moro, Inglaterra experimentaba una honda crisis. En esta época de guerras, como la de las Dos Rosas, se debilitó el régimen feudal que había sostenido la economía de la Edad Media. Los nuevos descubrimientos proporcionaron un impulso al comercio, aunque no fue para toda la sociedad signo de prosperidad. El fin de las guerras tuvo como consecuencia la aparición de un grupo social condenado a la miseria: los soldados; desamparados, optaron por la única salida posible, la zona rural, donde buscaron un empleo que, en la mayoría de los casos, no se les pudo dar. Además, el sistema económico se transformó en un mercantilismo capitalista que benefició a la sociedad urbana mientras que perjudicó a las clases rurales. El desarrollo del tratamiento de la lana conllevó a la pérdida de la agricultura, hasta el punto de que se expropiaron tierras a los campesinos.

Así pues, aunque la sociedad burguesa y los propietarios construyeron numerosas manufacturas, que si bien crearon puestos de trabajo, no pudieron responder al desempleo generalizado de los agricultores. Por ello, estos optaron por su alistamiento en el cuerpo militar como soldados o trabajar como domésticos para los nobles; pero, sobre todo, los agricultores pasaron a ser vagabundos o ladrones, enfrascados en una miseria de la que no podían escapar. Esta situación sociológica estará presente en la obra de Tomás Moro, criticando la política injusta que se estaba llevando a cabo en la Inglaterra del momento.

4. Lectura de la *Utopía* de Tomás Moro

Ya hemos aludido a la trascendencia que la obra de Tomás Moro tuvo en la literatura utópica, tanto en cuanto fue su título el que puso nombre a este género literario. Curiosamente, no fue el original, pues en sus cartas a Erasmo podemos observar que Moro llamó a este texto en un primer momento con su equivalente latino *Nusquema*, para finalmente decidirse por el término griego que le permitirá además jugar con el concepto de *eutopía*. De cualquier forma, esta obra maestra de Tomás Moro, se estructura en dos partes bien diferenciadas, libro I y libro II, y, a su vez, el segundo de ellos se divide en nueve textos que aglutinan las diferentes facetas descritas de la ciudad Utopía: «Las ciudades y en particular Amauroto», «Los magistrados», «Los oficios», «Las relaciones mutuas», «Las salidas de los utopienses», «Los esclavos», «La dedicación militar», «Las religiones de los utopienses» y «Alfabeto de los utopienses». Fue esta parte la primera que escribió el autor y, un año después, creó la primera parte introductoria de la obra.

Podemos sintetizar la obra como un relato que parte del diálogo entre el propio Tomás Moro, Pedro, Egidio y Rafael; este último narrará de forma dialogada de la cena en la que discutió y debatió sobre la situación sociopolítica en la que se encuentra la Europa Occidental del momento, introduciendo duras críticas sobre la actuación del gobierno inglés. Después de ello, será Rafael Hythlodaeo el que narre su viaje a «la mejor República», Utopía. Comienza entonces la segunda y más extensa parte de la obra en la que, con el dominio del discurso descriptivo, Rafael da cuenta de la forma de vida utopiense; más aún, de sus razones y sus consecuencias que distan mucho de la realidad histórica en la que se encuentran los personajes de la novela. Así pues, para el análisis de esta obra, nuestro estudio se organizará en dos partes, siguiendo las características del texto de Moro, que ilustrarán gracias a los propios ejemplos textuales, cómo este autor desarrolla en su Utopía, las características propias al género que pertenece.

- Libro Primero

En esta primera parte de la obra es en la que Tomás Moro lleva a cabo la crítica sociopolítica más directa al contexto europeo del momento. Ya vimos cómo una de las características del género utópico, pese a su evidente distanciamiento de la realidad, es precisamente su vinculación con el momento histórico del autor. En este caso, encontramos una serie de alusiones tanto a la historia de Inglaterra como a la propia

biografía de Tomás Moro; así pues, hace referencia a Enrique VIII, a su viaje a Flandes y, después, a Amberes. Incluso, menciona el Templo de Santa María, donde asistía a los oficios, dando cuenta de su ineludible fe católica. Otro de los personajes que, como vimos, influyó en la vida de Tomás Moro: el Arzobispo y cardenal de Canterbury, del que «Moro ya sabe lo que voy a decir».

Sin embargo, será la estancia de Rafael en Inglaterra y su diálogo con el cardenal y el perito en leyes lo que dará pie al autor, aunque no sea sino a través de la voz de otro personaje, cuando se desarrollen las críticas más voraces contra el gobierno. Desde su comienzo, Rafael hará referencia a la crueldad y la injusticia del país:

(...) comenzó a celebrar a remo y vela la rigurosa justicia que entonces se aplicaba allí a los ladrones, de los que en algunos sitios –contaba- se había colgado a veces veinte en una sola cruz.

Los castigos y penas desproporcionadas a las que se condenan a los ladrones, «excede lo justo y no tiene utilidad pública». Hasta tal punto llegan las acusaciones de Rafael que llega a definir concisamente a sus interlocutores: «tanto vosotros como buena parte del mundo parecéis imitar a los malos preceptores que están más dispuestos a azotar a sus discípulos que a enseñarles».

Además de los ataques directos a los representantes de la sociedad inglesa del momento, este diálogo es muy interesante por la aparición de dos voces que se contraponen y argumentan sus posturas; un debate en el que se revela el pensamiento de los reaccionarios de la época para, así, combatirlo rotundamente. Ejemplo de ello es la intervención sobre la ociosidad de los pobres frente a la verdadera causa de su vecindad: «Existen las artes mecánicas, existe la agricultura; de ellas podrían vivir si no fuera que les da la gana ser malos»; a ello, contraargumenta Rafael:

(...) el número tan grande de nobles, los cuales no sólo andan ellos mismos ociosos cual zánganos en medio de las fatigas de los demás –piensa en los colonos de sus campos, a los que, para incrementar las rentas, desuellan vivos, pues es éste el único tipo de administración que han conocido estos hombres, pródigos, por otra parte, hasta el punto de reducirse a la mendicidad (...).

Igualmente aparece en este diálogo el motivo de las guerras infundadas que se estaban desarrollando en Europa Occidental; frente a la consideración de que «debemos fomentar este tipo de hombres antes que nada, pues constituyen la fuerza y empuje de un ejército en caso de guerra (...)», Rafael no duda en poner de relieve que

(...) no conduce a utilidad pública alguna, para el caso de una guerra que no tenéis nunca si no cuando la queréis, cobijar a una muchedumbre infinita de gente como ésta, ya que infestas la paz por la que se debe mostrar mucho más aprecio que por la guerra.

Asimismo, el autor tampoco deja pasar la ocasión para ofrecer una crítica a otro de los factores a los que anteriormente aludíamos a propósito del penoso contexto histórico de Tomás Moro, la expropiación de los agricultores en beneficio de la industria de la lana:

Vuestras ovejas, tan mansas y tan frugales habitualmente, ahora, por lo que se dice, se han vuelto a tal punto voraces e indómitas que hasta devoran a los hombres, devastan los campos y derriban las casas y aldeas.

Esta situación supuso la caída del sistema económico y la creación de un mercado comercial injusto para una de las clases sociales más desprotegidas:

Debido a esto, en muchos sitios los víveres se han vuelto mucho más caros. Incluso el precio de las lanas ha subido de tal modo que vuestros fabricantes de paño no pueden comprar en absoluto las más dinas de ellas, por lo que son muchos los que pierden el trabajo y se ven relegados a la ociosidad.

Sin duda, se revela en esta conversación el sacrificio que la industrialización estaba provocando en un momento en el que, “la ociosidad”, se castigaba y se censuraba como uno de las mayores lacras sociales; cuando, lo cierto es que una gran parte de la población que hubo de recurrir a este tipo de vida, no fue sino por la forzosa situación que el malestar económico de las manufacturas había acarreado.

También ataca Rafael en esta conversación a una de las características más deplorables, según el propio personaje, sus coetáneos, cualesquiera que sea la clase social a la que pertenezca; nos referimos a la ostentación y la suntuosidad con la que se pretende vivir en un mundo lleno de miserias. Una de las más claras sentencias que reflejan lo ascético de este personaje:

¿Y qué decir del imperante despilfarro que acompaña a esta desgraciada indigencia y penuria? Los criados de los nobles, los artesanos casi los mismos campesinos, todas las clases sociales en una palabra, usan de una insolente ostentación en el vestir y de un lujo excesivo en el comer.

Dicho esto, en este «Libro Primero» se introducen, además, otros motivos propios del género utópico gracias a las conversaciones que Rafael tuvo con Moro y sus compañeros. Uno de ellos es la propia actitud contemplativa, alejada de la acción, que caracteriza al utopista; ya vimos que aquel que crea una utopía no cree, sin embargo, en la eficacia de su actuación personal en la sociedad. Y así queda patente con la respuesta que Rafael da a la propuesta de Pedro a propósito de la gran labor que llevaría a cabo como consejero del rey, pues «esa es justamente la vía por la que puedes no sólo ser útil a los demás tanto en ámbito privado como en el público, sino hacer también tu propia existencia más feliz». Por el contrario, argumenta Rafael que no cuenta con esa capacidad, «ni, aunque la poseyera en grado sumo, podría activar el bien público». A partir de esta idea, el discurso de Rafael denunciará los rasgos que definen a los monarcas del momento, quienes no se preocuparán más de la paz que de la guerra y, en lugar de reparar la mala administración de sus tierras, se rigen por un deseo imperialista que les lleva a embarcarse en nuevas conquistas.

En este contexto, le pregunta al propio autor: «¿Con qué oídos piensas, amigo Moro, escucharán este parlamento?»; unos argumentos que ponen de relieve la imposibilidad de influir con su voz en la situación sociopolítica de su entorno. Pues, en la medida que el éxito o el fracaso dependa de este tipo de reyes que, en ese momento, gobiernan las naciones, queda clara la insuficiencia de fuerzas ante tantas y tan variadas penurias. En este sentido, queremos subrayar una de las cuestiones que nos llevan a la naturaleza del utopista: «¿Quién se aplica con más ahínco a transformar las cosas sino a quien la situación presente no agrada lo más mínimo?».

Finalmente, no debemos olvidar el gran elemento con el que toda obra que se enmarque dentro del género utópico cuenta, y que aparece ya en esta primera parte del libro de Tomás Moro: el viaje extraordinario. El personaje de Rafael, ciertamente, «ha navegado; mas no como Paliurno, sino como Ulises, o, mejor aún, como Platón». Una

alusión al legado clásico grecorromano que se complementa con la aparición de un personaje histórico, Américo Vesputio, que vincula el descubrimiento y el exotismo del Nuevo Mundo a la ciudad Utopía. Desde el punto de vista literario, es interesante destacar cómo se combinan la toponimia real (Taprobana o Calicut) con una narración ciertamente novelesca de los acontecimientos que vivió Rafael en su viaje:

(...) un sequedal por doquier, la raza del lugar lúgubre, torva e inculta, todo habitado por fieras y serpientes, y no en último término por hombres ni menos salvajes ni menos peligrosos que las fieras.

En definitiva, esta primera parte de la obra de Moro da cabida algunos de los rasgos que situarán el texto en el género utópico. Además, creemos que la serie de pensamientos, reflexiones y argumentos que aparece en los diálogos de este «Libro primero» es la base sobre la que Tomás Moro justificará su *Utopía*. Y es que, gracias a las ideas que se infieren de cada una de las intervenciones, se sustentará la razón de ser de la organización y construcción de este microcosmos en ninguna parte, respondiendo con él a los problemas sociopolíticos que se plantean en el contexto histórico del Occidente contemporáneo.

- Libro segundo

Si bien hemos observado ya algunos elementos que definen la obra de Moro, será sin duda alguna esta segunda parte del texto donde encontremos los elementos que más concretamente la definen; pues, será en este libro donde el lector encuentre la configuración misma de *Utopía*. Parte de uno de los rasgos capitales, el insularismo. Aunque ya advertimos que el aislamiento de las utopías es, más que una disposición geográfica o ficcional, una concepción mental, aparece en este relato una disposición física que impide la entrada de extranjeros:

Los accesos, así por los bajíos, son temibles. Una sola roca emerge, siendo por eso inocua, en el centro casi de este espacio (...) las demás rocas permanecen encubiertas e insidiosas. Sólo ellos conocen las bocanas; por eso no es casualidad que ningún extranjero penetre en esta ensenada si no es con un práctico utopiano, como que su travesía apenas si es segura para estos mismos si no fuera por unas señales que desde el litoral indica el camino.

Otra de las características esenciales en la ciudad ideal, la simetría, aparece ya en las primeras páginas de la descripción de Utopía: «la lengua, las costumbres, las instituciones, las leyes son absolutamente las mismas, la misma la estructura de todas ellas, el mismo por doquier, en cuanto lo permite el terreno, el aspecto de las cosas». Una disposición estrictamente ordenada que se completará con la geometría misma del urbanismo, pues «toda la ciudad está dividida en cuatro partes iguales. En el centro de cada una de las partes hay un mercado para todo». Este control por el orden formal se extiende incluso a los elementos naturales de la isla: la cabecera y la fuente del río la han protegido con fortificaciones, el agua es conducida por diferentes canales, las calles trazadas contra los vientos, una huerta cercada y de la misma longitud que la manzana, incluso las «viñas, frutos, hierbas, flores, con tanto primor y cuidado que no he visto nada más fructuoso, nada más elegante».

Esta disposición estructural extremadamente organizada de Utopía, se refleja también en el propio orden institucional. Siguiendo el paradigma de este género literario, cualquier elemento del sistema del pueblo utopiense debe estar bajo control estricto. Diez magistrados, llamados sifograntes, serán elegidos por las familias anualmente, a cuyo frente está el profilarca; este grupo, de entre los cuatro individuos que optan a príncipe, elegirán a uno que ejercerá su cargo de por vida, salvo que ejecute su poder con tiranía. Sifograntes, profilarcas y el príncipe, se reúnen y deliberan cada tres días sobre la república. No solo serán los cargos de los magistrados los únicos regulados por el sistema; los oficios también se determinarán bajo los preceptos del sistema de Utopía. Un solo oficio común será a todos, hombres y mujeres: la agricultura. Hay, además, individuos específicamente seleccionados para las letras, los que obligatoriamente deben asistir a las lecciones, aunque voluntariamente hombres y mujeres pueden ir a oírlos. Además, cada uno aprende otro oficio propio, como la albañilería o artesanía. En otras palabras, el funcionamiento de las ciudades se sustentará bajo una agrícola, que posibilitará una autarquía en pleno rendimiento pues, «puesto que casi toda la multitud restante no está ni ociosa ni ocupada en oficios inútiles, es cosa fácil de calcular el mucho rendimiento que dan de sí unas pocas horas».

En este contexto, el dinero es innecesario, pues serán a los mercados autóctonos a donde «acude el padre de familia a buscar lo que él y los suyos necesitan, y sin dinero, sin ninguna compensación en absoluto, retira lo que buscare». Igualmente, los metales y

pedras preciosas no tendrán significado para los habitantes de Utopía; más aún, serán considerados no riquezas sino objetos denigrantes:

Procuran (...) que el oro y la plata sea tenido entre ellos a deshonra, resultando de ello, que mientras las otras gentes no sufren menos cuando les arrebatan estos metales que si dieran casi sus propias vísceras, entre los utopienses, si la situación exigiera que todos les fueran sustraídos de una vez, nadie se creería haber perdido ni tan solo un as.

Hasta tal punto llega esta concepción que el oro, la plata y los diamantes son utilizados los esclavos y para los niños, que finalmente los abandonan por vergüenza. En este punto, Tomás Moro se sirve del carácter ascético de Utopía para incluir una crítica indirecta a la estima que de las riquezas se tiene en la sociedad europea:

(...) se admiran y detestan mucho más la locura de aquellos que dispensan unos honores poco menos que divinos a aquellos ricos a los que ni deben nada ni están sujetos, sin ninguna otra mira que porque son ricos.

De otro lado, el colectivismo como elemento sustancial de la sociedad utópica es una constante a lo largo de toda la segunda parte de la obra de Moro. Una de las referencias a esta propiedad constante es, por ejemplo, cómo se almacenan los alimentos de los ciudadanos: «se depositan en casas especiales, los productos de cada familia, y se reparte cada especie por separado en almacenes». Además, las comidas y las cenas se realizan, en cada una de las ciudades, dentro de unas salas comunes a donde todos los habitantes acuden. Muy en consonancia con esa conciencia de comunidad, la familia tal y como la entendemos tradicionalmente, desaparece; si bien comienza el autor definiendo las ciudades organizadas en familias, su configuración dista mucho de ser una unidad familiar que conllevara el interés particular. No antes de los 18 las féminas y después de los 22 los varones, se permitirá el enlace matrimonial. Antes de ello, tanto la mujer como el hombre se exhiben desnudos con el objetivo de evitar engaños fisiológicos. Llevada a cabo la unión, la esposa irá al domicilio del marido, donde los y nietos prestan más obediencia a los ancianos que a los progenitores. Ninguna familia debe tener menos de diez ni más de dieciséis púberes y, para el cumplimiento de esta proporción, se traspasan a las familias escasas los que exceden de las numerosas.

Como podemos advertir, vuelve a aparecer el control sobre todas las facetas de las relaciones humanas de los utopienses; y, siguiendo esta cualidad del género, se

establecen los tiempos que los ciudadanos dedicarán a determinadas tareas. Al sueño se reservan ocho horas, a la comida y al reposo dos; seis horas al trabajo (tres antes y tres después del mediodía); una hora de esparcimiento que, según sea verano o invierno, será en la huerta o en las salas comunes en las que comen. Finalmente,

Lo que media entre las horas de trabajo y de sueño se deja al arbitrio de cada uno, no para que lo disipe en la molicie y la pigracia sino para que, libre de su oficio, lo invierta buenamente según su deseo en alguna otra ocupación.

Incluso, se detallan las actividades en las que se invertirá ese “tiempo libre”:

El juego del azar y los juegos impropios y perniciosos de este jaez ni los conocen siquiera. Pero sí tienen en uso dos juegos no desemejantes del juego de los trebejuelos. El uno consistente en un combate de números, en el que un número anda a la caza de otro. En el segundo, los vicios luchan, en formación cerrada, contra las virtudes.

Más aún, la previsión de las actuaciones vitales de los habitantes de Utopía llega a ocuparse hasta del mismo momento de la muerte del individuo. Aunque se cuida con esmero a los enfermos,

(...) si la enfermedad no sólo es inmedicable sino que también veja y atormenta de continuo, entonces los sacerdotes y los magistrados exhortan al hombre a que, pues está ya sobreviviendo a su propia muerte al estar incapacitado para las funciones todas de la vida, ser molesto a los otros y oneroso a sí mismo, no se determine a alimentar por más tiempo su ruina y su pena, ni dude en morir.

De otro lado, también en la Utopía de Tomás Moro se incluyen facetas sociopolíticas controvertidas como lo son la esclavitud o las guerras. Sin embargo, ambas son descritas desde una visión verdaderamente optimista. Encontramos dos tipos de esclavos, aquellos criminales confesos extranjeros a los que encadenan y tienen en continuo trabajo; y aquellos pobres que vienen de otros pueblos y escoge la esclavitud voluntariamente. A estos los rearan con decoro, con un poco más de trabajo que al resto de los ciudadanos pero no los retienen. En el campo bélico, si bien Tomás Moro pone de manifiesto en las primeras líneas la repulsión que estos ciudadanos sienten por la guerra, expone una relación causas por las cuales el gobierno utopiense entra en combate militar: defender sus fronteras, expulsar enemigos invasores o para «compadecidos, liberar con sus fuerzas el yudo y esclavitud de un tirano a algún pueblo oprimido por la tiranía»,

prestan auxilio para la venganza de sus amigos. Ahora bien, los soldados enviados son, salvo impedimento, combatientes reclutados de otros países; además premian el ingenio y los pactos económicos sobre la violencia bélica.

Por último, Tomás Moro hace referencia a las religiones existentes en Utopía; pese a ser muchas las creencias que demuestran cada uno de los pueblos, «aunque creyendo cosas diversas, les une con éstos lo siguiente: que piensan que existe un solo ser supremo, al que se debe la obra del universo y la providencia». Sin embargo, en el momento en el que los visitantes les enseñaron el dogma cristiano, se inclinaron de forma casi milagrosa a un fervor religioso por la historia de Jesucristo y, «los que no asienten a la religión cristiana no disuaden, sin embargo, a nadie, no hostigan a ningún catequizado».

En suma, tal y como afirma el autor, los utopienses «tienen muy pocas leyes, pues para un pueblo así organizado son suficientes poquísimas»; frente a la embrollada legislación que dificultan la justicia en las civilizaciones modernas, Utopía se ha organizado de forma tan plenamente controlada, geométrica y justa que apenas necesitan desarrollar un cuerpo legislativo tan complejo que ningún hombre pueda comprender en su totalidad. Su Legislador original, Utopo, se encargó del porvenir y la felicidad los ciudadanos que habitaron, habitan y habitarán *su* isla; y la subrayamos como suya pues fue el quien sustituyó una península por el insularismo que le proporcionaría la seguridad ante la contaminación de la sociedad extranjera. Tal y como continuamente aparece reflejado en la obra, será esta figura la única que nos proporcione un pasado mítico de Utopía; un personaje que garantizó la libertad premeditada y la felicidad únicamente en lo bueno y en lo justo. En otras palabras, la configuración de un lugar lejos de la realidad que sigue todos y cada uno de los elementos que definen el género utópico.

5. Conclusiones

El género utópico ha sido una de las formas literarias que se ha prorrogado desde el albor mismo de la literatura hasta la actualidad, eso sí, con sus altibajos. En este tipo de relatos, el contexto histórico es uno de los elementos fundamentales; el estado de la sociedad, la política, la economía, la ciencia, la justicia y el pensamiento mismo, conforman un entramado que, según sea percibido de una u otra forma por los autores, desencadenarán una utopía determinada. Sin embargo, existen unas bases comunes

sobre las que se construyen las ciudades ideales, así como la evidente transferencia literaria y filosófica que existe de unos autores a otros.

Si rastreamos los términos que inventa Moro para su descripción y concreción de los elementos de *Utopía*, podemos observar la perspectiva desde la que el autor aborda la obra a partir del juego semántico de la nomenclatura en griego: el río Anhirdo «sin agua», Ademos «sin pueblo», anemolinos «los inflados, los vanidosos», nefeloretas «hijo de las nubes», alaopolitas «ciudadano de una ciudad sin gente», Hythlodaeo «experto parloteo», acorianos «sin territorio», y sin ir más lejos, el propio título de la obra: utopía «lugar de ninguna parte». Moro se sirve del doble sentido de las voces derivadas del griego para, de esta forma, realizar una descripción minuciosa de una realidad que, sin embargo, es verdaderamente utópica.

A partir de estas consideraciones, los críticos y estudiosos de la literatura han aportado interpretaciones muy diversas de la naturaleza misma del texto de Tomás Moro. ¿Hasta qué punto el autor cree en los valores y preceptos de esa *ciudad ideal* y cuáles son los que se incluyen por mera necesidad estético-literaria? De un lado, ha aparecido una lectura lúdica basada en la fidelidad católica del autor que hace interpretar algunas de las sentencias desde un punto de vista irónico; esto es, la utopía vista simplemente como un *jeu d'esprit* que se manifiesta en momentos como la exacerbada preocupación por la anchura del puente, o en los dobles sentidos anteriormente aludidos. Por el contrario, existe además una explicación de la obra como una verdadera crítica social y política directamente expresada en el Libro Primero. Pero estas lecturas que, en principio, parecen oponerse radicalmente, deben ser vistas como complementarias. Y es que, en cualquier obra utópica, la dimensión lúdica está presente, tanto en cuanto son necesarias, en mayor o menor medida, las excentricidades que alejan la civilización ideal de la real. De la misma manera, la utopía es una respuesta al malestar del autor con el contexto sociopolítico en el que se encuentra y, por tanto, la crítica a la situación contemporánea es inevitable.

6. Bibliografía

Cordero, M. T. (2016, mayo), *Del anhelo utópico a la utopía política*, ponencia presentada en el XIV Coloquio Internacional de Geocrítica Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro, Barcelona, España.

Moro, T. (1987), *Utopía*, Estudio preliminar de Antonio Poch, Traducción y notas de Emilio García Estébanez. Madrid: Tecnos.

Ramiro Avilés, M. (2005). Ideología y utopía: una aproximación a la conexión entre las ideologías políticas y los modelos de sociedad ideal, en *Revista de estudios políticos*, 128, 87-128.

Ricoeur, P., George H. T., Bixio A. L., (1989), *Ideología y utopía*. Gedisa: España

Starnes, C. (1990), *The New Republic. A commentary on Book I of More's Utopia showing its relation to Plato's Republic*. Canada: Wilfrid Laurier University press.

Trousseau, R. (1979), *Historia de la Literatura utópica*. Barcelona: Ediciones Península.

i Las utopías volvieron a sufrir un paréntesis en el que los autores no desarrollaron ni crearon obras a la altura de lo que cabría esperar por el Renacimiento. Debido al exceso absolutista y a la crisis de conciencia que se produjo en Europa, hasta 1675 no volveremos a encontrar la publicación de ninguna gran obra utópica. Los textos utópicos que aparecen entonces siguen la línea de la francesa *Historia del grande y admirable reino de Antangil*, de carácter burgués, prudente, moderado que propone reformas razonables lejos de un objetivo revolucionario: no atenta contra la monarquía, ni la nobleza, ni la propiedad privada. En Inglaterra, la situación es semejante; aparecen utopías fundamentadas en la combinación del contexto histórico y la eficacia y viabilidad de las propuestas, llegando muchas veces a convertirse en un proyecto de legislación carente de interés artístico. Véase la descripción del famoso reino de Macavia. En este sentido, las utopías de la época, tal y como afirma Trousson, no busca instaurar un orden diferente al real, sino corregirlo.

ii Para un estudio en mayor profundidad ver: Ricoeur, P., George H. T., Bixio A. L., (1989), [Ideología y utopía](#). Gedisa: España. También son interesantes los estudios de Cordero, M. T. (2016, mayo), *Del anhelo utópico a la utopía política*, ponencia presentada en el XIV Coloquio Internacional de Geocrítica Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro, Barcelona, España; y Ramiro Avilés, M. (2005). «Ideología y utopía: una aproximación a la conexión entre las ideologías políticas y los modelos de sociedad ideal», en *Revista de estudios políticos*, 128, 87-128

iii A tal punto llega este carácter antinaturalista de la utopía, que incluso la naturaleza aparece domesticada y geometrizada: ríos tierras, etc.